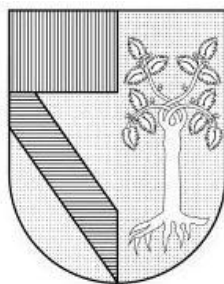


UNIVERSIDAD PANAMERICANA

FACULTAD DE FILOSOFÍA
**CON ESTUDIOS INCORPORADOS A LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA**
Acuerdo número 974179



**“La misión formativa de la Biblioteca
Universitaria”**

INFORME ACADÉMICO

Que para obtener el grado de

MAESTRA EN HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Presenta:

CELIA BERMÚDEZ BAÑUELOS

Director de Tesis: Mtro. José Luis Rivera Noriega

México, D.F. 2012

« La misión formativa de la Biblioteca Universitaria »

Índice

<u>Introducción</u>	<u>pág 2</u>
<u>1. Los fines de la Universidad: algunas Posiciones frente a su misión</u>	<u>pág. 4</u>
<u>2. La biblioteca universitaria y los fines de la Universidad.....</u>	<u>pág. 13</u>
<u>3. Bibliografía sugerida para una Biblioteca Universitaria</u>	<u>pág. 22</u>
<u>Conclusiones.....</u>	<u>pág. 29</u>
<u>Referencias Bibliográficas.....</u>	<u>pág. 31</u>

Introducción.

La Biblioteca Universitaria, servicio enmarcado en una institución por naturaleza comprometida con la búsqueda de la verdad, encuentra en esta actividad humana su razón de ser. Por siglos, el apoyo que ha brindado a la Universidad la ha convertido en un recurso indispensable en la formación de sus estudiantes.

Sin embargo las controversias contemporáneas en torno a los fines de la Universidad, en donde parece difícil equilibrar las aspiraciones profesionales con fines de mayor trascendencia, ha llevado a prestigiadas universidades a fragmentar su misión otorgando el privilegio a sus programas instrumentales. Consecuentemente valiosos colecciones de Artes Liberales, Filosofía y Religión contenidas en sus acervos bibliotecarios se han visto seriamente afectadas.

Es por esto que el presente trabajo con la intención de conservar y fomentar el uso de fuentes clásicas de valores universales, que acercan a estudiantes y

académicos de las diversas disciplinas, al conocimiento del ser, a la verdad, al bien y a la belleza, propone la conformación de una Colección Especial de Tradición Católica, que le permita a la Biblioteca Universitaria ofrecer a sus estudiantes la riqueza contenida en estas obras.

La conformación de esta colección, que bien puede ser un baluarte ante el utilitarismo y relativismo posmodernos, busca lograr que los estudiantes dejen la Universidad no solo siendo buenos profesionistas sino mejores seres humanos.

1. Los fines de la Universidad: algunas posiciones frente a su misión.

Los fines de la educación superior, específicamente de la educación universitaria, han sido en las últimas décadas motivo de controversia y discusión. Mientras que para algunos el papel principal de la Universidad es visto en términos de una educación liberal que desarrolle y promueva virtudes esenciales del ser humano, para otros, en cambio, su finalidad consiste en brindar una formación vocacional cuyos beneficios puedan ser medidos en términos de su utilidad económica. Literatura reciente en este contexto refleja la consternación por reafirmar la educación liberal en contraposición a los programas instrumentales o vocacionales adoptados por muchas universidades contemporáneas. El tratamiento del tema cae, frecuentemente, en una engañosa dicotomía entre ambas aspiraciones (Carr, 2010, 1).

La antigua disputa entre Sócrates y los sofistas en torno a la excelencia humana parece estar aún presente en los académicos contemporáneos:

mientras que para los sofistas el éxito humano era concebido en términos de satisfacción de los deseos de riqueza, poder, estatus o placer sensual, fácilmente cuantificables a través de la admiración o envidia de los demás; para Sócrates la excelencia humana era alcanzada a través del desarrollo de las virtudes cardinales, muestras, a su vez, de probidad moral. Bajo este último punto de vista, una persona podía ser buena sin ser exitosa o ser exitosa sin ser buena, pues el objetivo clave de la actividad humana no era la acumulación de riquezas, preeminencia social ni algún otro fin práctico o instrumental más respetable, sino el cultivo de la virtud y de la sabiduría que llevara al hombre al conocimiento de la verdad como su propio fin y a través del cual obtuviera su propia recompensa (Carr, 2010, 2).

Este antiguo problema, en el que resulta difícil equilibrar o compaginar el éxito profesional con fines de mayor trascendencia, parece haber llevado a las universidades, hacia las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI, a fragmentar su

misión y optar por privilegiar sus programas vocacionales.

En pocas palabras, el sello distintivo de la Universidad como institución autónoma, dedicada a la búsqueda del conocimiento y de la verdad, se ha ido desvaneciendo. Antiguos colegios de formación profesional se han fusionado con las universidades y los institutos politécnicos están tomando grado universitario. La mayoría de las universidades han descartado de sus programas las materias humanistas o las presentan a sus jóvenes estudiantes como materias optativas sin mayor relevancia. Prestigiadas universidades alrededor del mundo han supeditado sus programas de estudio a fines económicos; la presión por buscar mayores recursos las ha impulsado a enfocarse hacia un mercado profesional y vocacional más competitivo y redituable (Carr, 2009, 6 & 7).

Al parecer, según Bloom (1987, 337), la Universidad ha perdido la capacidad de reclamar

su superioridad desde donde siempre lo había hecho: el arte, la religión y la filosofía.

El caso de las universidades norteamericanas puede ser bastante ilustrativo a este respecto: sus fundadores, protestantes liberales, preocupados por el bienestar y el progreso nacional, sentían la presión tanto de los objetivos pastorales como de su compromiso con los estándares de excelencia y neutralidad científica en la enseñanza y la investigación. La filosofía y los estudios bíblicos, pilares fundamentales de los estudios religiosos que constituían el núcleo de la formación universitaria, empezaron a considerarse “sectarios”. Paulatinamente, fueron perdiendo su lugar y, por más que mantuvieron un nicho seguro dentro de un humanismo secular, llegaron a carecer de un consenso claro sobre la forma en que habían de estudiarse. En especial, la dificultad para determinar si la Biblia sería tratada como Palabra de Dios, como literatura o como texto fundacional de la civilización occidental. Ante esta incertidumbre, los estudiantes fueron poco a poco

alejándose de los departamentos de estudios religiosos, y, en los nuevos programas académicos, parecía no haber una metodología ni de la propia disciplina ni de su enseñanza. La religión, en consecuencia, ya no podía reclamar un lugar en las universidades, pues no cumplía con los estándares ilustrados de racionalidad y neutralidad científica (Gleason, 2001, 40 & 41).

Las innovaciones curriculares, paralelamente, remplazaron un plan de estudios fijo, conformado de una serie de materias reconocidas por su valor como disciplina, por un sistema optativo que permitía al estudiante elaborar un plan curricular de acuerdo con sus intereses o preferencias. La especialización y el profesionalismo resultante fueron desplazando a la educación general; el concepto tradicional de educación liberal se había desplazado del centro de la educación universitaria, para ocupar el lugar de “sabiduría acumulada del pasado” que debía ser “compartida con la humanidad” (Lucas, 2010, 325). En consecuencia, la primacía de la formación

instrumental y su aplicación suplantó a la preocupación por el desarrollo de virtudes, capacidad de juicio y conocimiento de verdades trascendentes, lo cual dejó, así, un gran vacío en la educación universitaria.

Los profesores, más preocupados por la excelencia académica y el desarrollo de sus propias líneas de investigación, se olvidaron de escuchar a sus alumnos. La asesoría universitaria, parte medular de la educación del joven estudiante, se limitó, entonces, a una simple asesoría académica sobre la conveniencia de qué materia cursar o el modo como se podía afrontar alguna deficiencia de aprendizaje. Las cuestiones personales que pudieran afectar su desempeño dejaron de tener la atención adecuada y “la pregunta detrás de la pregunta”, que normalmente resulta tan profunda y difícil de enfrentar para el alumno, quedaba sin respuesta (Lewis, 2007, 99).

En palabras de Lewis (2007, xiv), las universidades que abandonaron la educación liberal olvidaron su

misión fundamental para con los alumnos y perdieron la oportunidad de ayudarlos a crecer, a enfrentarse consigo mismos, confrontar el sentido de su existencia y lograr que dejaran la Universidad siendo no sólo profesionistas competentes, sino mejores seres humanos.

La necesidad de lograr la unidad entre ambas aspiraciones la vemos más claramente “si fijamos la mirada en la unificación del mundo y en la tarea que se nos impone de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia” (*Gaudium et spes* II, 1968, 55).

Alisdair McIntyre (2010, 5) ha recordado recientemente cómo, en el siglo XIX, John Henry Newman abogó por una muy particular idea de lo que debiera ser la Universidad. Sin negar la importancia de su función en la formación profesional, la concibió como una institución académica autónoma comprometida, esencialmente, con la obtención del conocimiento y la búsqueda de la verdad. Para Newman, el

carácter universal de la educación universitaria radica en la unidad del entendimiento: cada disciplina, afirma, contribuye a la penetración de algún aspecto particular del universo, por lo que para entenderlo no basta con profundizar en una sola materia o estudiar gran número de especialidades y entender cómo se relacionan; lo que en verdad hace a una persona educada es el conocimiento de aquellas disciplinas que le permitan una mayor comprensión del orden de las cosas, de sus limitaciones, evitando tanto una estrecha especialización como una generalización superficial.

A pesar del carácter secular de la Universidad, entre las disciplinas que Newman consideraba debían impartirse en cualquier universidad que se preciara de serlo destacaba a la teología como materia clave; sin ella, la relación interdisciplinaria tendería a ser confusa y mal interpretada, y el conocimiento se desintegraría en una multiplicidad de especialidades, donde cada una terminaría exigiendo su propia autonomía

(McIntyre, 2010, 6).

Traer esta idea al siglo XXI puede parecer excéntrico y hasta ofensivo para muchos académicos; sin embargo, un elemento de unidad como la teología, nos dice McIntyre (2010,10), remediaría, sin duda, el problema de la fragmentación del conocimiento, proporcionándole al estudiante la sabiduría necesaria para abordar adecuadamente las disciplinas individuales y dar respuesta a los reclamos injustificados de cada una de ellas.

La necesidad del hombre de entender el misterio de su existencia a través del cauce que le brinda la teología encontrará respuesta y logrará entregarse al estudio y a la investigación de cualquier disciplina, al mismo tiempo que busca contribuir a que la familia humana se eleve hacia los conceptos más altos de verdad, bien y belleza (Reimers, 2010, 353).

2. La biblioteca universitaria y los fines de la Universidad.

La búsqueda del conocimiento y de la verdad en sí misma es un gran signo de dignidad humana; nuestra capacidad para conocer va más allá de una simple habilidad para llegar a enunciados verdaderos y almacenarlos adecuadamente para después utilizarlos con meros fines económicos. El hombre, incluso en esta era de progreso científico y tecnológico, desea algo más que la comodidad y el bienestar; sigue estando abierto a toda la verdad de su existencia, por lo que no puede quedarse en las cosas materiales, sino que debe encontrar un horizonte mucho más amplio que aquel limitado por el utilitarismo (Benedicto XVI, 2011).

Las verdades que persigue el hombre no se reducen a simples prácticas de supervivencia. Se da cuenta de que está frente algo más grande que él mismo. Como diría Isaac Newton: “parece que soy tan sólo un niño jugando en la playa, divirtiéndome en encontrar de vez en cuando una

pequeña piedra o una preciosa concha fuera de lo ordinario, mientras el gran océano de la verdad coloca delante de mí todo lo desconocido” (Reimers, 2010, 35).

La biblioteca, servicio enmarcado en una institución por naturaleza comprometida con la búsqueda de la verdad, encuentra en esta actividad humana su razón de ser y enfrenta la gran responsabilidad de desarrollar sus funciones con miras al logro de estos objetivos. Día a día, su misión y ámbito de competencia son cada vez mas amplios; de acuerdo con la definición creada por la Red de Bibliotecas Universitarias (REBIUN), el bibliotecario ha dejado de ser tan sólo el recolector y curador de materiales valiosos; la nueva y más amplia definición de biblioteca, como centro de recursos para el aprendizaje, la docencia, la investigación y las actividades relacionadas con el funcionamiento y la gestión de la universidad, le ha abierto un nuevo panorama. Centrada en facilitar el acceso y la difusión de los recursos, ha encontrado nuevas formas de participar cada vez

más activamente en los procesos de creación del conocimiento dentro y fuera de la universidad (Torres, 2005, 43).

La biblioteca, en tanto que estructura de apoyo esencial para la universidad, busca, a través de este nuevo modelo, responder adecuadamente a las necesidades de investigación y aprendizaje, manteniendo a la vanguardia sus estrategias de gestión. El nuevo modelo de biblioteca híbrida reúne los elementos tradicionales y los elementos de información digital. Si bien las exigencias de la sociedad del conocimiento enfrentan al bibliotecario con nuevos retos, su misión continúa siendo, fundamentalmente, la de fungir como facilitador de la información, impulsor del conocimiento y apoyo indispensable en la búsqueda de la verdad, lo cual le exige una mayor formación humana y profesional, suficientes para permitirle brindar la asesoría necesaria en la utilización de los recursos y convertirse en un factor clave para el aprendizaje del usuario y el

desarrollo y difusión de sus propias universidades.

Considerada hoy como el corazón de la investigación académica, la biblioteca universitaria debe trabajar activamente tanto en el desarrollo de la curiosidad intelectual como en la formación humana de sus usuarios a través de la organización de diferentes actividades que vayan acorde a los programas de estudio y fomenten el aprovechamiento de los acervos en bien de la persona y de la sociedad (Torres, 2005, 47 & 48).

La historia de la Universidad durante el último siglo ha sido complicada, y todo aquello que la ha afectado se ha visto reflejado en la biblioteca. Al ir de la mano en la implementación de programas innovadores, el acervo bibliográfico con que contaban las bibliotecas, en muchos casos, se ha visto enriquecido. Desgraciadamente, en otros, como es el caso de los fondos antiguos y de las colecciones de artes liberales —de filosofía y religión, por ejemplo—, se han visto seriamente afectadas. Consideradas como una carga para la

universidad, no se justificaba ya su permanencia y conservación, en miras a sus funciones de formación e investigación científica y técnica (Torres, 2005, 57). La primacía que se le otorgó a los programas instrumentales desplazó poco a poco a los programas de educación liberal y, en consecuencia, las colecciones que los nutrían, fueron descartadas de muchas bibliotecas.

En 1930, con la intención de frenar esta tendencia, la Universidad de Chicago lanzó uno de los experimentos curriculares más controvertidos llevados a cabo en una universidad. Bajo la dirección del entonces canciller Robert Maynard Hutchins y en contra de todas las corrientes vocacionales dominantes, intentó revivir la tradición clásica de la educación liberal a través de un programa de estudios obligatorio. El programa se constituyó sobre la lectura y discusión de fuentes originales a los que denominó *Los grandes libros de la civilización occidental*. Esta colección incluía las obras más relevantes de literatura, filosofía y artes liberales, con la intención de

abordar todos los elementos de la naturaleza común de la humanidad y ayudar al estudiante a desarrollar normas de gusto y sentido crítico, que lo condujeran a un pensamiento racional y reflexivo (Lucas, 2010, 332).

Estos programas y sus acervos parecían ser un baluarte de humanismo secular en contra de la propensión al utilitarismo y relativismo posmodernos hacia la cual tendían las universidades. A través de la lectura de estos textos, se pretendía dar unidad y sentido a un currículo que se desintegraba e iba perdiendo algo tan valioso como el enfrentar al estudiante con la razón de su existencia, actividad que debiera estar en el corazón de la experiencia universitaria. Los *Grandes Libros* fueron ampliamente recomendados como textos básicos de la educación liberal, ya que se consideraba que una educación basada en ellos era esencial para el cultivo de una persona educada y como fuente de ideas esenciales de la cultura occidental (Deneen, 2010, 31).

Sin embargo, en opinión de Deneen (2010, 32), estos textos, comúnmente leídos en los programas liberales contemporáneos, están marcados por severos y profundos desacuerdos, pues cada filosofía contradice aspectos fundamentales de la otra, con lo que parece que la tradición occidental (supuestamente compactada como una sola) es un mero conjunto de contradicciones acerca de las creencias humanas más básicas. Por esto considera Deenen (2010, 33) que la respuesta no se encuentra en la lectura acrítica de estos autores, sino en que cualquier estudiante que se enfrenta a tal variedad de textos debe ser orientado y no tan sólo expuesto a ellos de manera indiferente, si lo que se pretende es educar a la persona. La enseñanza de los textos, como se ha hecho en reconocidas universidades, radica en analizar y pensar estos libros dentro de un contexto que bien puede dar la tradición católica, si bien ésta parece olvidada y desplazada por un humanismo secular que difícilmente llena las expectativas buscadas.

La biblioteca, componente integral del proceso

educativo, al reconocer la riqueza comprendida en la tradición católica y en los grandes clásicos de valor universal, se ve profundamente comprometida a promover y facilitar el acceso a esta invaluable herencia al grado que permita a estudiantes y académicos imprimir orden y unidad al conocimiento especializado.

Para la universidad y, en consecuencia, para la biblioteca que la nutre, el ateísmo no puede ser una opción viable. La universidad debe ser el lugar donde se pregunte por la verdad, no en miras a una meta, sino por ella misma, en palabras de Benedicto XVI (2009, 50): “Si la verdad tiene dignidad en sí misma, si subsiste en sí misma y tiene más ser que todo lo demás; si ella misma es el fundamento sobre el que me apoyo. Si se considera en su totalidad la esencia de la verdad, entonces se llega al concepto de Dios” (2009a, 50).

La investigación es un proceso de apertura, de abrirse a lo otro y a los otros, y encuentra en la biblioteca universitaria un lugar propicio de

unidad con el mundo, de diálogo hacia la verdad y, en la medida en que los hombres se dejen conducir por ella, de acceso no sólo al tú, sino al verdadero sí mismo de cada uno (Benedicto XVI, 2009, 48).

Por ello, si consideramos la sabiduría como el conocimiento de los primeros principios, se halla, actualmente, ausente de nuestros acervos para ser consultada por cualquier especialista. De tal manera que el siguiente paso en la tarea educativa no puede ser otro que conformarnos con enseñar tecnologías, métodos, procedimientos o sistemas que impulsen la economía y proporcionen a los universitarios una ventaja competitiva en el mercado laboral. Por el contrario, si se logra que estudiantes y académicos de las diversas disciplinas que visitan biblioteca se interesen por consultar y estudiar las raíces del ser, la naturaleza de la verdad, el bien y la belleza, y lo relacionen con su investigación especializada, la biblioteca podrá sentirse orgullosa y satisfecha de su misión

(Reimers, 2010, 362).

3. Bibliografía sugerida para una Biblioteca Universitaria.

Los libros, nos dice James Patrick (2010, 25), rector del Saint Thomas More College, hacen de los grandes autores nuestros compañeros; al leerlos nos damos cuenta de que no estamos solos y de que sus voces permanecen perviven para poder ser leídas y consultadas una y otra vez a lo largo de los años.

Desde los esfuerzos de Hutchins por recuperar la tradición clásica, no han sido pocos los intentos por conformar un canon que cubra con las expectativas deseadas; desgraciadamente, el relativismo presente en muchas universidades le ha restado importancia. Pero, si lo que pretendemos es educar a la persona y fomentar en la comunidad universitaria un ambiente de amor y compromiso con la verdad, no podemos omitir el recomendar a nuestros alumnos una serie de lecturas que repercutan en su preparación humana

y profesional.

Sin restar importancia a los autores clásicos en filosofía, literatura y otras artes liberales que deben ser leídos y discutidos en los programas de humanidades, propongo la conformación de una colección que le permita al alumno poder consultar a los grandes autores que han conformado la rica tradición católica.

Prestigiadas universidades católicas en Estados Unidos se han comprometido en un esfuerzo por apoyar sus programas liberales y han incluido las lecturas listadas a continuación como textos indispensables para los estudios de teología, materia clave en la educación universitaria. Entre ellas, podemos mencionar a: The Catholic University of America, Boston University, Saint Thomas More o Ave Maria University, etcétera.

Listado de textos:

Aristóteles:

Ética nicomáquea

Metafísica
Arte retórica
Política

San Anselmo de Canterbury:

Proslogion
Sobre la verdad
Por qué Dios se hizo hombre

San Atanasio de Alejandría:

La encarnación del Verbo

San Agustín de Hipona:

Escritos antidonatistas
La Ciudad de Dios
Las Confesiones
Contra los académicos
Del maestro
Del libre albedrío
Sobre la utilidad de creer

San Buenaventura de Bagnoregio, OFM:

Reducción de las artes a la teología

Itinerario del alma a Dios

Boecio:

La consolación de la filosofía

San Clemente de Roma:

Carta a los corintios

San Clemente de Alejandría:

Stromata

San Isidoro de Sevilla:

Etimologías

San Ignacio de Antioquía:

Las siete cartas

Santo Tomás Moro:

Utopía

Dialogue of Comfort Against Tribulation

Beato John Henry Newman:

Acerca de la idea de Universidad

Apología pro vita sua: Historia de mis ideas religiosas

An Essay in Aid of a Grammar of Assent

Cristianismo y ciencias en la Universidad

Josef Pieper:

The Basis of Culture

En defensa de la filosofía

Platón:

Apología

Fedón

República

Santo Tomás de Aquino, OP:

Suma de teología

Suma contra los gentiles

De los principios de la naturaleza

Del ente y la esencia

Sobre la eternidad del mundo

Sagrada Biblia

(versión de Facultad de Teología de la Universidad

de Navarra)

Encíclicas y documentos pontificios:

Concilio Vaticano II

Lumen Gentium

Gaudium et Spes

Pablo VI

Populorum Progressio

Humanae Vitæ

Beato Juan Pablo II

Fides et Ratio

Veritatis Splendor

Laborem Exercens

Evangelium Vitæ

Ecclesia de Eucharistia

Familiaris Consortio

Cristifideles Laici

Benedicto XVI

Caritas in Veritate

Spe Salvi
Deus Caritas est

Conclusiones

La Biblioteca, en tanto estructura de apoyo esencial para la Universidad, debe considerar la necesidad natural del hombre de encontrar la verdad. Incluso en esta era de desarrollo científico y tecnológico, el hombre no puede conformarse con meros conocimientos instrumentales, busca así mismo encontrar respuesta a sus interrogantes más profundas.

El estudio y la investigación como proceso de apertura al otro, encuentra en la Biblioteca Universitaria la posibilidad de entablar un diálogo con los diferentes autores, y es sin duda en los grandes autores de la Tradición Católica donde

encontrará un profundo conocimiento de las verdades más trascendentes que den sentido a su existencia.

La fragmentación del conocimiento, resultante de una estrecha especialización, encontrará así mismo en la Teología el remedio necesario que le permitirá al estudiante, una mayor comprensión de la realidad, de sus limitaciones imprimiendo orden y unidad a su investigación especializada.

Sin duda, una Colección de Tradición Católica, le proporcionará al estudiante la sabiduría necesaria para abordar adecuadamente cada disciplina y contribuir en la edificación de un mundo mejor en la verdad y en la justicia.

Referencias bibliográficas:

Benedicto XVI. (2009). *Naturaleza y misión de la teología: ensayos sobre su situación en la discusión contemporánea*. Pamplona: EUNSA.

Benedicto XVI. (2011). *Encuentro con los jóvenes de la diócesis de San Marino-Montefeltro*.

http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2011/june/documents/hf_ben-xvi_spe_20110619_giovani-san-marino_sp.html

Consultado, abril 20, 2011.

Bloom, H. & Bellow, S. (1987). *The closing of the American mind*. Nueva York: Simon & Schuster.

Carr, D. (marzo 2009). Revisiting the liberal and vocational dimension of university education. *British Journal of Educational Studies*, 57(1): 1-17. *Academic Search Complete*, EBSCOhost. Consultado, enero 13, 2011.

Catholic University of America. (2011). *First year experience*. <http://firstyear.cua.edu/fye-courses.cfm>
Consultado, octubre 14, 2011.

Patrick, J. (2010). *The bulletin of the College of Saint Thomas More*. College of Saint Thomas More.
http://cstm.edu/wp-content/uploads/2011/06/Bulletin_2010_2011.pdf
Consultado, octubre 15, 2011.

Concilio Vaticano II. (1968). *Gaudium et Spes*.
http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
Consultado, septiembre 9, 2011.

Deneen, P. (septiembre 2010). Why the Great Books aren't the answer. *Current*, (525): 31-33.
Búsqueda académica completa, EBSCOhost.
Consultado, enero 13, 2011.

Gleason, P. (2001). A Studied Faith. *First Things: A Monthly Journal of Religion & Public Life*, (109), 37-

41. Tomado de EBSCOhost. Consultado, enero 13, 2011.

Juan Pablo II. (1998). *Fides et Ratio*.

<http://www.vatican.va/edocs/ESL0036/INDEX.HTM> Consultado, abril 17, 2011

Lewis, H. (2007). *Excellence without a soul: does liberal education have a future?* Nueva York: Public Affairs.

Lucas, Ch. J. (2010). *La educación superior norteamericana: una historia*. Buenos Aires: Universidad de Palermo.

MacIntyre, A. (enero 2010). The Very Idea of a University: Aristotle, Newman and Us. *New Blackfriars*, 91(1031), 4-19. Búsqueda académica completa, EBSCOhost. Consultado, marzo 18, 2011.

Reimers, A. J. (2010). Human dignity and the catholic university: a vision. 349-367. Augustine Institute. Búsqueda académica completa,

EBSCOhost. Consultado, enero 13, 2011.

Torres Santo Domingo, M. (septiembre 2005). La función social de las Bibliotecas Universitarias. *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios* 20(80): 43-70. Búsqueda académica completa, EBSCOhost. Consultado, abril 15, 2011